

Índice

Prólogo	9
Capítulo 1. Un maestro, dos encuentros	15
Capítulo 2. Pensar el desorden	59

Prólogo

Este libro surge de una historia antigua cuyos principios se remontan casi a cuarenta años atrás, y es, sin embargo, un fruto de estación. Conmemora el trigésimo aniversario de la muerte de Lacan, que se cumplía en septiembre de 2011.

Los autores nos conocemos hace tiempo. Si bien no siempre hemos comulgado en una misma orientación política, hemos mantenido desde hace tiempo un diálogo enriquecedor fundado en el reconocimiento de nuestras diferencias y, aun más, en una amistad que no claudica. Tenemos en común el gusto por los trágicos griegos, tan queridos por Freud, por la revolución y su historia, por la poesía como acto de resistencia de la lengua, por el cine y por el compromiso político.

En abril del 2006, año y medio después de la muerte de Jacques Derrida, nuestro común amigo,

nos reunimos en la Escuela Normal Superior con Yves Duroux, para sostener un debate sobre nuestros filósofos: Althusser, Foucault, Sartre, Canguilhem, Deleuze, entre otros.

En marzo del 2010, en Rennes, en el foro del diario *Libération*, animado por Éric Aeschimann, nos encontramos una vez más para evocar: “Un mañana feliz”: “La ley de la felicidad, decíamos, pensando en Saint-Just, no puede consistir en comparecer ante el mercado de objetos disponibles” y aun: “Hoy, la catástrofe es el higienismo y la norma: lo contrario de la felicidad”. No nos gusta ni el fanatismo religioso, ni el cientismo, ni el dinero loco, ni la especulación desorbitada, síntomas del abandono de los ideales de la razón. En resumen, tenemos la convicción compartida de que el compromiso político debe ir de la mano con el trabajo, el rigor intelectual y la erudición. Algún día debíamos conversar. Y eso fue lo que ocurrió treinta años después: nos convocó un diálogo en torno a Lacan.

Hemos sostenido desde siempre que Lacan, renovador del pensamiento freudiano, había sido un maestro en el sentido socrático, es decir, un maestro capaz de actualizar una política del sujeto, del deseo y del inconsciente. Tenemos la convicción de que el doble abordaje que proponemos, histórico y filosófico, por

fugaz que sea, debería permitir al lector, una vez más, replantearse la crucial cuestión de las relaciones entre revolución política y revolución subjetiva. Hemos transformado esta convicción en un diálogo entre dos, en dos tiempos y en dos momentos: *Jacques Lacan, pasado-presente*.

La primera parte, “Un maestro, dos encuentros”, desarrolla una serie de reflexiones personales sobre la relación que cada uno de nosotros ha mantenido con Lacan, en el corazón de los años sesenta y setenta del siglo XX. La segunda parte, “Pensar el desorden”, mediante la evocación de los aspectos más pertinentes de la avanzada lacaniana, es una crítica de todos los sectarismos contemporáneos –ideales comunizados, oscurantismo, pasión por la ignorancia– que han contribuido, tanto en el campo del psicoanálisis como en el de la política, a una postración del pensamiento.

Queremos creer, aquí y ahora, que más allá de la angustia mortífera bajo la cual, obstinadamente, dice estar nuestra sociedad en crisis, una representación del porvenir abre la puerta a una nueva esperanza. Después de todo, Freud había elaborado una cierta concepción trágica del sentido íntimo, muy alejada del *cada-cual-para-sí-mismo* que caracteriza nuestra época. ¿Por qué este hallazgo no puede con-

vertirse, al mismo título que la revolución, en una idea nueva en el mundo?

A. B. y É. R.

Capítulo 1

Un maestro, dos encuentros*

* Un pasaje de este diálogo apareció en *Philosophie Magazine*, n° 52, septiembre de 2011, bajo el título “¡Elige tu Lacan!”. Luego fue completamente revisado, corregido y aumentado por los autores a partir de la transcripción realizada por Martin Duru.

Philosophie Magazine: *¿Para empezar, podrían situarse con relación a Lacan? ¿Pueden contarnos, por ejemplo, en qué circunstancias descubrieron ustedes su pensamiento?*

Élisabeth Roudinesco: Mi aventura con el psicoanálisis comenzó en mi casa. Mi madre, Jenny Aubry, era médica de hospital y se ocupaba de los niños abandonados. También ella era psicoanalista y es la que introdujo en Francia los principios clínicos de John Bowlby y de Anna Freud, a los que había conocido en Londres. Jenny fue, a partir de 1953, más una compañera de ruta de Lacan que una discípula, y estuvo junto a él en el momento de la fundación de la Sociedad Francesa de Psicoanálisis (SFP). Lacan, por lo tanto, frecuentaba la casa de mi ma-

dre y de su marido (Pierre Aubry), justo después del divorcio de mis padres. Jenny era muy amiga de Sylvia Bataille con quien Lacan acababa de casarse.

En esa época yo iba a Guitrancourt, a *La Prévôté*, la casa de campo de Lacan, pero no sospechaba entonces que ese hombre, al que trataba familiarmente, era un pensador de tamaño envergadura. Después, en la adolescencia, el psicoanálisis no me atrajo en lo más mínimo. No tenía ningún interés por ese tema que tanto ocupaba a mi madre. Yo soñaba más bien con escribir novelas o hacer cine. Entonces estudié letras, luego lingüística, siempre apasionada por los *Cahiers du Cinéma*, la *Nouvelle Vague* y el cine de Hollywood.

En 1966 me fui a enseñar a Boumerdès, en Algeria. Ese mismo año aparecieron *Las palabras y las cosas*, de Michel Foucault, y los *Escritos*, de Lacan. ¡Qué momento único! La ola estructuralista, anunciada por Claude Lévi-Strauss y prolongada por Louis Althusser en *La revolución teórica de Marx* (en francés: *Pour Marx*, de 1965), fue una verdadera revelación para mí. Mientras que los cursos de filosofía que yo había seguido en la secundaria, eran un desastre, ahora descubría, por fin, a filósofos y pensadores que escribían de modo extraordinario: los pensadores de la lengua. Me sumergí deleitada en la lectura de los

Escritos de Lacan con tanta mayor facilidad cuanto que conocía bien la lingüística estructural (creada por Saussure y continuada por Jakobson) de la que se alimentaba Lacan. Escena sorprendente, me veo diciéndole a mi madre, de modo perentorio, hasta qué punto su Lacan me parecía genial. Y ella respondiéndome: “¡Pero cuánto hace que te lo vengo diciendo!”. Entonces empezamos a intercambiar ideas, a veces de modo muy vivaz, sobre la teoría del significante que abordábamos desde ángulos distintos.

Después de mayo del 68 abandoné el proyecto de escribir novelas y me orienté hacia las humanidades y la filosofía; terminé mi maestría en letras bajo la dirección de Tzvetan Todorov en la Universidad de París-VIII-Vincennes (hoy Saint-Denis), donde después hice un doctorado de tercer ciclo. Seguí el seminario de Gilles Deleuze sobre el *Anti-Edipo*, después me incliné hacia la historia, al tomar contacto con Michel de Certeau que enseñaba en el departamento de psicoanálisis fundado en 1969 por Serge Leclaire. En 1972 conocí a Louis Althusser. En cuanto a Lacan, en 1969 comencé a asistir a su seminario en la Facultad de Derecho del Panteón. Cuando mi madre le avisó del interés que tenía por sus enseñanzas, me llamó inmediatamente: “¿Pero qué le pasa? ¿Por qué ha tardado tanto tiempo en venir a verme?”. Le hablé

de lo que hacía: empezaba a trabajar en la obra de George Politzer en el seno de la revista *Action Poétique*, animada por Henri Deluy, y él insistió en que me adhiriese a las Escuela Freudiana de París (EFP) que había fundado en 1964, cuando todavía yo no me había decidido a psicoanalizarme. Acepté y así me encontré con mi destino. He permanecido como miembro de la EFP hasta su disolución en 1980 por el mismo Lacan, un año antes de morir.

Alain Badiou: Mi trayectoria es diferente. Siendo joven yo era un sartriano convencido. Entre 1958 y 1962 fui alumno de filosofía en la Escuela Normal Superior (ENS) de la calle d'Ulm. Encontré a Louis Althusser, mi segundo maestro, después del Sartre de mi adolescencia. ¡Fue como un choque de contrarios! Althusser proponía la lectura de Marx despojándolo de todo ropaje humanista, en el mismo momento en que Sartre proponía una visión existencial del mismo Marx. Por un azar mayúsculo me topé con el primer número de *La Psychanalyse*, revista que traía el famoso informe de Roma de Lacan (su conferencia titulada “Función y campo de la palabra y del lenguaje en el psicoanálisis”, 1953); texto que me deslumbró literalmente. Experimenté una verdadera fascinación

textual, aunque es verdad que mi relación teórica con Lacan ha estado siempre mediada por lo escrito.

Luego del descubrimiento inicial, conseguí cada número de *La Psychanalyse* y comencé a deslizar referencias a Lacan en mis disertaciones. Muy intrigado por tales préstamos, Althusser me llevó a una sesión de su seminario en el hospital de Santa Ana. Corría el año 1960-1961. De paso fui el primer estudiante de la Escuela Normal que, a pedido de Althusser, realizó una exposición —y después dos— sobre el pensamiento de Lacan.

É. R.: *¿Y leías a Freud?*

A. B.: ¡Sí! Desde mi primer año en la ENS me dediqué a la lectura sistemática de Freud. Entonces lo considerábamos como uno de los hitos que conducen a las ciencias humanas. Algunos creían que esas ciencias humanas iban a reemplazar el idealismo filosófico por su materialismo “serio”. Pero, más allá de la evidente continuidad, enseguida percibí la profunda diferencia entre su obra y la de Lacan, absolutamente innovadora.

É. R.: Tan es así que para muchos intelectuales entre los que me cuento, la lectura de Lacan ha marcado profundamente la de Freud. Yo leí a Lacan antes de leer la obra de Freud, y por tanto la mía era una lectura “lacaniana” de Freud. Aun así no hay que fusionar la obra de Freud con la de Lacan hasta el punto de creer que Freud ya era lacaniano.

A. B.: Sea como sea, Lacan se me impuso inmediatamente como una figura mayor de la escena intelectual, aunque solo había publicado algunos artículos, no siempre fáciles de desentrañar.

É. R.: Ese era el gran drama de Lacan. Antes de 1966 y de la reunión de sus escritos, no había ningún libro suyo disponible. Su obra estaba muy dispersa.

A. B.: Justamente en 1966 yo era profesor de filosofía en el liceo de Reims. Por intermedio de François Regnault, también nombrado en Reims, me uní a la redacción de los *Cahiers pour l'Analyse*, revista lacano-marxista editada por un grupo de egresados de la Escuela Normal un tanto más jóvenes que yo. Además de F.

Regnault, se encontraba allí Jacques-Alain Miller, Jean-Claude Milner, Yves Duroux, Alain Grosrichard... Los dos primeros artículos que publiqué en esa revista, muy articulados por la lógica matemática —una de mis grandes pasiones de la época y de siempre—, se refieren explícitamente a Lacan, y sin embargo mantienen un toque crítico, una cierta reserva distante. Por ejemplo, impugno su idea de que existe un sujeto de la ciencia. En ese punto sigo siendo althusseriano: para mí la ciencia remite más bien a un proceso a-subjetivo. Piense que estamos en 1966, 1967... llegaba la gran tormenta de pos-mayo del 68, un acontecimiento que revolucionó mi vida y me precipitó durante largos años en el pensamiento/acción política.

É. R.: Para ti, en el fondo, la lectura de Lacan ha ido acompañada de una ruptura política, mientras que para mí, se trata de una brecha estructuralista.

A. B.: Finalmente tuve un encuentro personal con Lacan. Fue en 1969. Creo que para él todo era urgente y por tanto quería verme... urgentemente. Pero era imposible tomar contacto conmigo durante el día, ocupado como estaba en la agitación de empre-

sas y hogares; nunca pudo hablarme por teléfono. A pesar de todo pudimos encontrar un hueco para almorzar juntos. Muy seductor, intentó atraerme hacia su posición con las mismas voces fuertes y resonantes que tuvo para ti, Élisabeth. “¿Pero cómo no vino a verme antes?”, etc. Sin embargo, yo no me afilié a EFP, nunca me convertiría en psicoanalista, ni por cierto en analizado. He ignorado el diván. De punta a punta, Lacan siguió siendo para mí un pensador de primer plano, y no un maestro psicoanalista. ¡Siempre la primacía de la escritura! Bajo este título ocupa un importante lugar en mi trabajo filosófico, y está ya en mi primera obra sintética, *Théorie du Sujet* (1982). Ha estado y está todavía constantemente presente en mi horizonte intelectual.

P. M.: *¿Cómo presentarían el aporte de Lacan a la filosofía en general y en concreto al pensamiento de ustedes?*

A. B.: La obra teórica de Lacan ha podido incorporarse a mi propio movimiento filosófico porque definía, con relación al sujeto, una posición totalmente singular.

A principios de los 60, me encontré junto a los otros jóvenes filósofos en una singular coyuntura. Yo era, como he dicho, un sartriano convencido. Pero, Althusser mediante, había llegado para mí la hora de romper con la fenomenología de la que Sartre era un ilustre representante. ¿Por qué esa ruptura inevitable? Desde que Husserl la inventara, la fenomenología rebatía el pensamiento del sujeto sobre una filosofía de la conciencia. Tiene un anclaje en la experiencia vivida, inmediata y primitiva. El sujeto se confunde con la conciencia y la comprensión transparente de lo que me ocurre. No es por casualidad que los fenomenólogos (pensemos en Merleau-Ponty) conceden tanta importancia a la percepción: es la experiencia más elemental de esta relación directa e intencional de la conciencia con el mundo. Por otra parte —y en eso la fenomenología francesa es también la heredera de la psicología tradicional—, el sujeto es aprehendido como una interioridad, bajo el ángulo de sus sentimientos, de sus emociones, etc. De ello resulta una fuerte concentración sobre el yo reflexivo y la esfera de la intimidad.

Para liberar un pensamiento de la emancipación revolucionaria apoyado en la ciencia (nuestro “programa común” de la época), era necesario sustraerse al modelo fenomenológico del sujeto reflexivo y exis-

tencial. Para salir de allí nos podíamos apoyar en las ciencias humanas, la objetividad científica y el formalismo lógico-matemático. En una palabra, el estructuralismo representaba una tabla de salvación contra la fenomenología. Los pensamientos tan dispares y abigarrados que se han juntado bajo esta etiqueta tienen, al menos, un punto en común: son la orquestación de una revuelta contra el concepto tradicional de sujeto. La constelación estructuralista encuentra su acabamiento en un “antihumanismo teórico”, según la vigorosa expresión de Althusser, o en la “muerte del hombre”, por citar a Foucault.

Dentro de estas grandes movidas, caben variantes e inflexiones. Algunos proclaman que el sujeto es una ilusión, un efecto que refleja estructuras más esenciales, invisibles, pero pensables por la ciencia. Otros se centran en demostrar, por momentos en el surco de Heidegger, que el sujeto metafísico clásico es una antigualla idealista. Se supone que lo que tiene de real la noción de “sujeto” es una forma particular de objeto. Otros, discípulos de Althusser, sostienen que el sujeto es una noción emblemática, e incluso *la* categoría típica de la era burguesa. Finalmente, sea cual sea el enfoque que se privilegie, todo los caminos estructuralistas llevan a una crítica radical del concepto de sujeto.

¿Qué pasa en ese contexto con Lacan? Por un lado, participaba de la ruptura con la fenomenología, tanto más cuanto conocía muy bien el pensamiento de Sartre y de Merleau-Ponty. Se inserta en la *galaxia estructuralista* no solo porque recurre mucho —más que otros— a los formalismos lógico-matemáticos, sino también porque renuncia al sujeto reflexivo como centro de toda experiencia. Desde su perspectiva analítica, el sujeto depende de una estructura irreflexiva y, en algunos aspectos, *transindividual*: el inconsciente para Lacan depende enteramente del lenguaje. La ciencia del inconsciente sustituye pues a la filosofía de la conciencia.

Dicho esto, Lacan —y es la segunda vertiente de su singular posición— no va tan lejos como los estructuralistas “duros” como un Foucault, o los heideggerianos al estilo Derrida, que consideran la categoría de sujeto como un avatar de la difunta metafísica. Lacan es más bien partidario de esta categoría, aun a riesgo de renovarla totalmente. Para él, el sujeto está en el corazón de la experiencia clínica, y lo salva en plena ofensiva estructuralista. “Su” sujeto está ciertamente sometido a la cadena signifiante; está dividido, de espaldas a sí mismo, escindido, expuesto a una radical alteridad (lo que llama Lacan “el discurso del Otro”). Pero sigue siendo coherente e incluso necesi-

rio proponer una teoría del sujeto. En los años 1960-1970, Lacan me permitió en consecuencia acompañar el antihumanismo teórico permaneciendo fiel a mi juventud sartriana y a la noción de sujeto. Por tal razón me pareció, de entrada, un contemporáneo decisivo. Un contemporáneo que sabía incorporar los más diversos materiales para edificar su propia construcción.

P. M.: *Élisabeth Rudinesco, ¿cuál es su visión de la revolución lacaniana que ha renovado el psicoanálisis y la filosofía?*

É. R.: Lacan estaba en la encrucijada de un encuentro inesperado y a menudo conflictivo entre estas dos disciplinas. Es él quien, por un lado, ha hecho comprender a los filósofos que el psicoanálisis era el portador de una revolución filosófica. Por otro lado, hizo que los psicoanalistas se volcaran hacia la filosofía. Este segundo movimiento del péndulo me parece capital; Lacan se nutrió de filosofía e hizo que muchos filósofos asistieran a su seminario para elevar el nivel de los psicoanalistas, que, según él, estaban escasos de bagaje intelectual.

Por medio de él los psicoanalistas han redescubierta la filosofía y los intelectuales el psicoanálisis, en una época en que esta disciplina estaba comprimida entre la psicología y la medicina. Y por el estructuralismo de los literarios, que han podido redescubrir, como yo, por ejemplo, la importancia de la filosofía gracias a una generación de filósofos que, a la vez, eran también estilistas de la lengua y amantes de la literatura.

No los había tenido en “terminal”, el último año del colegio secundario. Recién después de leer a Althusser y Foucault, y de recibir las enseñanzas de Lacan, pude zambullirme plenamente en Spinoza y Hegel. Accedí a la filosofía a través de la mirada de los estructuralistas y después, siguiendo el curso de Pierre Macherey, al que debo mucho. De hecho ya antes de 1966 —año milagroso para el estructuralismo—, se había abierto una brecha entre los psicoanalistas que seguían a Lacan —y que se alimentaban de la filosofía— y los que se mantenían apartados y preferían reconducir el psicoanálisis al campo de la psicología.

Me parece que la singularidad de Lacan proviene de su itinerario. No olvidemos que, inicialmente, era psiquiatra. Es así que la psiquiatría ha sido siempre más receptiva a la filosofía que a la psicología, y la psicología siempre ha buscado despegarse de la filo-

sofía para ser “científica”, lo que nunca logrará. Lacan no cesaba de criticar a la psicología —al igual que Georges Canguilhem— como falsa ciencia, para llevar el psicoanálisis hacia disciplinas “nobles”.

En concreto, desde 1931, cuando Lacan evoluciona hacia el psicoanálisis, la psiquiatría francesa es de obediencia fenomenológica. El mismo Lacan fue fenomenólogo en esa época, antes de emprender de la mano de Alexandre Kojève su iniciación al pensamiento hegeliano. Después de la Segunda Guerra Mundial, a través del trato con Jakobson y Lévi-Strauss y mediante la lectura de sus obras, abandonó esta herencia por el estructuralismo, y se inclinó hacia Saussure, en contra de la afirmación de algunos psicoanalistas lacanianos, revisionistas de la historia, que niegan esta influencia, con el objeto de convertir a Lacan en un fénix autoprogramado que se hubiese inspirado solo en sí mismo. En este sentido, en el ambiente psicoanalítico hay muchos “revisionistas”.

Lacan quedó ciertamente fascinado por el pensamiento de Heidegger, pero dejó de estarlo después de 1957, como se puede constatar en “La instancia de la letra en el inconsciente o la razón después de Freud”. Lo que no le impidió, por otra parte, buscar el reconocimiento del hombre Heidegger. Pero tomó re-